Nuevas subjetividades juveniles en la sociedad en red

 Luis Alberto Quevedo

TECNOLOGÍAS Y NUEVO ESPACIO PÚBLICO

El debate académico del siglo xxi está atravesado por la reflexión sobre la sociedad del conocimiento, las tecnologías de la comunicación, el fenómeno de las migraciones, los nuevos patrones identitarios, los cambios en las culturas juveniles y la conformación de una nueva subjetividad. Pero aun teniendo en agenda estos temas, realmente sabemos muy poco sobre el destino de estos tópicos. Entre otras cosas, porque estamos viviendo intensamente estos cambios y, como ha ocurrido siempre, las ciencias sociales suelen ser más eficaces a la hora de reconstruir fenómenos que de predecir (o apenas hacer prospectivas) sobre lo que les está ocurriendo a nuestras sociedades. Como les ocurre a los economistas con las crisis financieras globales. Sin embargo, hoy estamos obligados a ensayar un diagnóstico que nos permita imaginar el futuro para actuar en el presente.

 Lo que todos sabemos es que en estos últimos veinte años se han producido profundas mutaciones en los procesos de personalización, en el mundo del trabajo, en las instituciones básicas que instituyó la modernidad, al tiempo que se establecieron nuevas claves culturales en relación al mundo de las imágenes, la proliferación de los no lugares y la estetización de la existencia y la producción de bienes y prácticas culturales caracterizadas por su inestabilidad y mutación permanente. Esto ha cambiado nuestra forma de percibir y actuar en el mundo y necesariamente nos llevará a nuevas estructuras del conocimiento –y de la apropiación simbólica del mundo– que estarán en discontinuidad con aquellas que conocimos en los últimos cuatro siglos.

 El desarrollo de las nuevas tecnologías electrónicas para la transmisión y almacenamiento de datos no solo ha impactado en estos territorios, sino que también han constituido un ecosistema o ambiente donde se desenvuelve nuestra vida y donde se producen y recrean los lenguajes, saberes, valores y orientaciones sociales que caracterizan a esta época. Y como el mayor impacto se registra en la vida de los jóvenes, nos detendremos especialmente a mirar allí las marcas de estos cambios y también a imaginar los mundos que se avecinan.

 Comencemos por las tecnologías: nadie tiene dudas de que los niños y jóvenes se socializan hoy en un entorno tecnocultural que puede ser considerado como una segunda naturaleza. Se trata de un entramado tecnológico completamente nuevo que ha cambiado la geografía de los hogares, el espacio público y la vida cotidiana de los jóvenes. El primer síntoma fue la multiplicación de las pantallas de televisión y todos sus periféricos: videocaseteras, decodificadores, videogames, DVD, filmadoras y otros tantos aparatos que se asociaron a la TV. Luego llegaron los equipos de música de última generación, las computadoras, los juegos en red, los escáneres e impresoras y, por supuesto, Internet. Los hogares se llenaron de cables y, si bien las diferencias de equipamiento están muy relacionadas con las distancias socioeconómicas, lo que se verifica claramente en América Latina es que todos los sectores sociales están dispuestos a invertir en tecnologías.

 15

En este punto resulta importante destacar la experiencia social que ha significado el acceso a Internet. La rápida expansión de la web en la sociedad contemporánea ha provocado también los más variados efectos en el mundo de la economía, el trabajo, la educación, el espacio público, la política y la guerra. Pero, aquí también, los modos de uso de esta tecnología, las formas específicas de apropiación, varían según la edad, los grupos sociales, étnicos o lingüísticos y también por el lugar geográfico de residencia. Pero, sobre todo, es entre los más jóvenes donde se puede apreciar el impacto cultural de la red. En todos nuestros países el acceso a Internet ha crecido de manera significativa, pero también en todos lo ha hecho de manera muy desigual. No son iguales los tendidos físicos de redes que conectan a un país, a una región o a un continente. Y no son iguales los equipamientos hogareños, los lugares de acceso ni las formas en que se produce la conexión. Sin embargo, lo que sí podemos constatar es que lo que más ha crecido en muchos países de Latinoamérica a diferencia de los países desarrollados es el acceso desde los lugares públicos (locutorios, cibercafés, etc.), de modo tal que Internet ha llegado a sectores de bajos ingresos que, aunque más no sea para jugar en red, acceden a la web. Y dentro de este grupo también son los jóvenes los que sobresalen. En esos espacios públicos/privados no solamente los jóvenes se conectan, sino que también se vinculan personalmente, se encuentran, se miran, se enamoran, establecen disputas y se comunican.

El locutorio (o las cabinas públicas de acceso en todas sus formas) debe ser visto como un lugar de sociabilidad, como un modo de ampliación del espacio público, como un lugar de encuentro y también como un mecanismo de producción de localidad (o reterritorialización) en un contexto marcado, como hemos dicho, por la inseguridad, la desigualdad y los déficit de acceso de las grandes mayorías. Todo esto, sin perder de vista los fenómenos estructurales que contribuyen a esta “reclusión voluntaria” en apretados espacios de convivencia como son los locutorios o cibercafés. Las amenazas del espacio público moderno (la calle y la plaza son en las grandes ciudades lugares de inseguridad creciente) llevan a los jóvenes a encontrar seguridades en espacios no tradicionales, semipúblicos, con el control de algún adulto, pero sin presencia paterna.

 Pero en esta práctica no hay solamente una estrategia de resguardo o de cálculo económico en la ecuación de costo-beneficio que ofrece la conexión en un locutorio público (frente a los costos de la banda ancha hogareña, por ejemplo, que suelen ser altos en América Latina y no siempre están disponibles). Hay allí también un deseo puesto en juego, un deseo de ingreso a los modos en que se estructura la subjetividad en la sociedad contemporánea y en que se crean y reproducen los lazos sociales. Este fenómeno nos revela un síntoma de época, ya que las relaciones personales se dan al mismo tiempo en nuevos lugares de encuentro y sociabilidad, pero donde se producen vínculos virtuales y donde la intervención y mediación tecnológica es creciente.

Este cambio en relación al espacio público está acompañado por otra transformación importante para los jóvenes y para toda la sociedad: los cambio en los hogares. Detengámonos un momento en este tema.

TRANSFORMACIONES EN EL HOGAR

Los cambios en la topología hogareña han sido tan importantes como lo son las modificaciones que acabamos de describir en el espacio público. Durante algunos siglos, el hogar fue pensado como un espacio social con reglas de poder completamente diferentes a las del Estado o a las de Nuevas subjetividades juveniles en la sociedad en red otras instituciones sociales. El lugar de la intimidad

familiar y la vida doméstica, el reino de la autoridad paterna y de la crianza de los hijos, el espacio donde se combaten las fatigas, las enfermedades y las dolencias fueron algunas de sus características. Al mismo tiempo, el hogar burgués fue un espacio privilegiado de la sociedad moderna donde tenía lugar la reproducción social: la educación, la transferencia de valores, de ideologías y credos religiosos.

 A comienzos del siglo xviii, los hogares europeos comenzaron a cambiar profundamente y se conformó una topografía en la que era posible distinguir espacios íntimos, privados y públicos. Y fueron justamente las tecnologías de la época, la imprenta y el desarrollo de la escritura, las que modificaron la geografía hogareña en la modernidad. La pluma y el libro abrieron espacios de intimidad dedicados al ejercicio privado de la lectura y la escritura, pero fueron también los elementos culturales que dieron cabida en el hogar a un espacio de universalidad. En la primera mitad del siglo xx, el teléfono doméstico fue también un contacto con el mundo, especialmente para las mujeres que desarrollaban desde allí una parte de su vida social.

 Con las nuevas tecnologías de los últimos veinte años se ha producido un cambio cualitativamente distinto, ha cambiado el estatuto de poder en el seno del hogar. Una brecha inesperada en el manejo del conocimiento ha marcado una distancia cultural que desconocíamos: son los niños los que saben y los adultos los que deben aprender de ellos.

Pero, además de este cambio, hay otra forma de geo-referenciar a los hogares y de comprender sus lazos con el mundo exterior. La presencia de la televisión, las computadoras y los celulares rompe lo que solía ser un mundo donde el círculo padres-niño mantenía cierta autonomía. Cuando un niño ingresa, por ejemplo, en el chat (y la edad de ingreso es cada vez más baja) entra en una conversación inacabada y en una especie de virtualidad cultural, como una ciudad con barrios sin localidad, habitada por una comunidad imaginaria de moradores que viene de orígenes remotos y donde las visitas inesperadas (e incontroladas) son cada vez más frecuentes. Esa comunidad no tiene nada que ver con la familia, ni con el barrio, ni con la ciudad que conocimos en la modernidad.

Si el niño es, en efecto, un invento del siglo xviii, recordemos que en la segunda mitad del siglo xx se produjo otro invento que revolucionó la estructura familiar y que podemos denominar de modo genérico la cultura juvenil. Esta supuso un primer gran cambio: la creación de nuevas formas de comunicación, estéticas, lenguajes, circuitos culturales, vestimentas, gustos musicales, hábitos de consumo, espacios urbanos, ideologías y estructuras propias de poder, que de alguna forma impactaron en el hogar bajo la forma de una nueva configuración de territorios. Hasta hace pocas décadas, nuestras casas estaban bajo la hegemonía de los adultos, con reglas impuestas por los padres y con una topología que respondió a un modelo de familia que hoy ya casi no existe. Pero debemos tomar nota de que todo esto ha cambiado y que difícilmente volveremos a una configuración como aquella que conocimos durante el siglo xix y buena parte del xx.

Tal vez debamos cambiar las denominaciones clásicas del espacio doméstico (living, comedor, cocina, dormitorios y cuartos de baño) para analizar estas nuevas estancias como nodos de una red de comunicación donde cada espacio se define a partir de las tecnologías que lo habitan, las reglas de poder que lo rigen y los sistemas de ingresos y egresos (reales o virtuales) que los distintos habitantes de la casa establecen al ocuparlo. Lo que para un habitante del hogar puede ser un dormitorio (lugar para dormir), para otro puede ser el nuevo espacio público de reunión con sus distintos vínculos afectivos. Derrick de Kerchove, en su libro La piel de la cultura, dice que la televisión le habla al cuerpo. Las nuevas tecnologías de la comunicación tienen también una estrecha relación con el cuerpo de los jóvenes: lo conectan al mundo, lo habitan de sonidos, lo excitan con imágenes, lo aíslan cuando transita por el espacio público y lo hacen vibrar en medio de los mayores silencios. Las nuevas tecnologías funcionan más que nunca como prolongaciones del cuerpo, para usar la conocida metáfora de Marshall McLuhan.

Por todo esto, los niños y adolescentes están sufriendo cambios significativos en su estructura psicológica, su lugar simbólico en la sociedad y en los modos de uso y tránsito dentro del tejido urbano. Pero también en sus hogares. Allí suelen delimitar aquellos territorios que consideran propios y de inmediato los pueblan de tecnologías y establecen un sistema de “privacidad dentro de la privacidad” que lo vuelven incomparable con lo que conocimos en los años cincuenta o sesenta del siglo xx. Antes los jóvenes pretendían una vida privada y propia fuera del hogar de origen: hoy muchos jóvenes pretenden fundar una territorialidad de nuevo tipo sin abandonar la casa familiar. Es probable que en un futuro no tan lejano estos mismos jóvenes decidan emigrar de forma temprana de los hogares paternos y que, antes que bregar por la soledad o la independencia, es probable que apunten a la formación de pequeñas comunidades de pertenencia.

A estos cambios en el poder hogareño se suma una mutación importante en el espacio público: lejos de ser un lugar de encuentros y socialización, en las grandes ciudades aparece como espacio hostil o de amenaza, y la revolución que introducen las tecnologías digitales en materia de nuevos lenguajes, valores, formas de comunicación interpersonal, etc., nos obliga a pensar en una nueva cartografía social en la que los individuos circulan por espacios públicos y privados que ya no tienen que ver con aquello que fue típico de la modernidad: ni la calle y la plaza pública son objetos de deseo, ni el hogar de los padres es para los jóvenes una frontera inexpugnable.

Los jóvenes están hoy en el centro de la escena cultural de muchas maneras: primero, porque vivimos en una época de algo así como de endiosamiento de una etapa de la vida que es la juventud, de una cultura del no envejecimiento, que valoriza ser joven sobre cualquier otra cosa. Lo anterior es cierto, pero saliendo de este tema un poco más antropológico y más de época, yo diría que los jóvenes están en el centro de la escena cultural del siglo xxi también por otros temas: ante todo, porque son el blanco preferido de las industrias culturales. La oferta de las industrias productoras de tecnologías, del cine, del disco, del teatro o de la música para los niños y jóvenes es arrasadora. Las industrias culturales atacan cada vez más a los chicos con ofertas dirigidas a ellos, porque son además quienes tienen cada vez más capacidad de tomar decisiones en el seno de la familia.

En efecto, los jóvenes son hoy los que definen e impulsan buena parte de los gastos del hogar, el gasto familiar relacionado, sobre todo, con la aparatología electrónica está bajo su órbita, pero también el esparcimiento, las vacaciones y el uso del tiempo libre. Es probable que en los próximos años esta tendencia se profundice y sean cada vez más los niños los que definen en qué escuela estudiarán, dónde irán de vacaciones y cuáles son las películas que verán sus padres.

 Pero sigue siendo hoy el hogar un territorio al que debemos prestar especial atención en el momento de indagar sobre los nuevos vínculos sociales de los jóvenes, cuando pensemos en la orientación del gasto familiar, el lugar de residencia y en las nuevas claves del poder generacional. Nuevas subjetividades juveniles en la sociedad en red

**CELULARES**

He mencionado más arriba una tecnología que se ofrece hoy como un condensador de medios de comunicación, que ha modificado por dentro y por fuera a los jóvenes y que oficia como un espejo del proceso de personalización: el teléfono celular o móvil.

El planeta entero ha vivido una expansión nunca imaginada de esta tecnología. Lo hizo de forma desigual y en tiempos distintos, pero lo ha hecho con la fuerza que le dio una industria muy agresiva, una demanda sostenida de los consumidores y el abaratamiento de los costos de los aparatos, aunque no de las tarifas. En particular, América Latina ha llegado –en los últimos cinco años– a los estándares de penetración de los países más desarrollados: algo más de un teléfono móvil por habitante, aunque no todos los habitantes tengan un teléfono móvil.

Por este motivo, nuestros países comienzan a vivir en estos años el impacto de estas tecnologías que de distintas maneras modifican las formas en que se establecen los vínculos entre las personas, pero que también impactan en el mundo del trabajo, la economía, la política, etc.

 El teléfono celular es hoy un dispositivo estratégico tanto desde el punto de vista industrial como en su capacidad de resumir en un solo aparato casi todos los medios que conocimos en el siglo xx: es al mismo tiempo una filmadora, cámara de fotos, agenda, navegador de Internet, radio FM, índice telefónico, mail, etc. Deberíamos tener el coraje, creo yo, de cambiarle el nombre de teléfono para alejarlo un poco de lo que fue el gran invento de Graham Bell en el siglo xix. Un aparato del que todavía sabemos poco, que se ha revelado como un localizador instantáneo de personas (una especie de GPS voluntario que cada uno de nosotros lleva consigo) y cuyas consecuencias culturales son todavía impredecibles.

Estas son las nuevas tecnologías con las que los niños nacen: un parque de objetos hogareños y personales, que de inmediato son incorporados a su vida cotidiana y al cual aceptan como parte del mundo en el que viven y por eso lo naturalizan. Estas tecnologías –sobre todo la telefonía celular– se han transformado en una parte de la vestimenta con la que hay que salir de casa, se han convertido en un pliegue del cuerpo, en un aparato incorporado a su vida de relaciones y que, por lo tanto, también ingresan a las instituciones donde transitan: la escuela, los cines, los espectáculos, los cafés y el espacio público.

Como dijimos antes, reflexionar desde una perspectiva social sobre lo que pasa mientras está pasando, en estos tiempos de vértigo tecnológico, siempre plantea problemas: todo lo que decimos queda obsoleto casi inmediatamente o debe ser complejizado o se transforma en otra cosa o cambian los usos. Quienes trabajamos, investigamos y hacemos docencia en este territorio sabemos que aparecen de manera constante temas novedosos y enfoques cambiantes para pensar el modo en que las nuevas tecnologías generan prácticas sociales y culturales en el mundo, lo que nos lleva a ejercer una especie de vigilancia epistemológica permanente sobre este territorio. En el final del siglo xx resultó imposible imaginar la aparatología que está hoy disponible. Es muy probable que dentro de diez años contemos con un mundo tecnológico tan diferente al actual como imprevisible e inimaginable. Y tal vez la industria logre concretar en algunos años dos promesas que siguen pendientes: volver a los aparatos más transparentes y borrar hasta donde sea posible la frontera entre la piel y el artefacto.

Pero el celular aporta hoy varias novedades sobre las que nos debemos detener. La historia de los medios de comunicación nos ha acostumbrado a trazar siempre las líneas de continuidad y ruptura: diarios-radio, radio-cine, cine-TV, TV-Internet, etc. También podemos adoptar otras perspectivas y hablar, con una mirada tecnológica, del pasaje del modelo analógico al digital, de los softwares cerrados a los abiertos, de las computadoras aisladas al funcionamiento en redes, de una aparatología aislada a la convergencia digital, entre otros. Pero hay una perspectiva sobre la que se ha escrito menos: la evolución de la portabilidad de los medios de comunicación, desde aquellos viejos aparatos “sedentarios” y gregarios, en tanto reunían a la familia a su alrededor, hacia otros crecientemente portátiles y personales.

**PORTABLES Y PERSONALES** La portabilidad, esa dirección hacia la cual evolucionaron los medios, unida al fenómeno de la personalización, da como resultado significativos cambios sociales, nuevos circuitos urbanos y constituye otra alteración en la percepción del tiempo y del espacio, tal como sucedió con cada avance tecnológico.

 Las sociedades fueron volviéndose cada vez más ligeras. Al menos desde la Edad Media y hasta el siglo xx se pensaron con una estabilidad y una perdurabilidad que no se registran en las sociedades actuales. Los dispositivos de los que los hombres se rodeaban eran voluminosos, pesados, en algún sentido únicos y hechos para durar mucho tiempo. El avance de la tecnología, la reproducción en serie y la industria cultural fueron creando objetos cada vez más pequeños, menos duraderos y más reemplazables rápidamente por otro mejor. Aprendimos a convivir con la obsolescencia planificada y hasta empezamos a ganarle a su misma durabilidad: hoy la frecuencia de recambio del celular es significativamente mayor que la vida útil de esos aparatos.

La portabilidad es el fruto de sociedades en constante movimiento, con individuos que necesitan revestirse de los objetos que utilizan, tenerlos siempre consigo. Algo así como un “hombre caracol” que se lleva su vida simbólica a cuestas en uno o varios pequeños dispositivos. Tomando la palabra ‘tecnología’ en un sentido amplio, la historia de su portabilidad se remonta más allá en el tiempo, hasta el comienzo de la cultura. La escritura, contra la que luchaba Platón, con su capacidad de trascender la palabra inmediata, es la primera forma de portabilidad cultural y comunicacional. La portabilidad de los medios de comunicación instantánea comenzó con la radio portátil, que tuvo gran impacto en los años cincuenta y sesenta. Incluso cuando la televisión ocupó el lugar de la radio en el living familiar, la existencia de la radio portátil permitió que la radio migrara a otros espacios donde la televisión no podía llegar. La portabilidad de la radio llegó al trabajo, a la calle y al auto. La portabilidad de la música, por su parte, no solo se vio reflejada en la radio a transistores, sino también en los “minicomponentes” a pila. El hip hop, un ritmo global muy exitoso entre los jóvenes, es producto de las reuniones con música portátil. Surgió como movimiento cultural a principio de los setenta en las comunidades afroamericanas e hispanas en los barrios neoyorquinos de Bronx, Queens y Brooklyn, donde los jóvenes se juntaban a escuchar música, bailar breakdance y rappear. Sin embargo, este caso es diferente al del mp3, el celular, ipot, la notebook, mp4, etc. El pasacasetes creaba comunidad en el sentido de que los jóvenes se reunían en un espacio. En la portabilidad actual no hay reunión, sino individuo puro, que puede hacer red con otros, pero sostenido en una experiencia extrema de individuación.

La evolución del celular ha permitido disminuir su tamaño y peso: baterías más pequeñas y duraderas, pantallas más nítidas con colores y software más amigable son algunos de los atributos que fueron adquiriendo los celulares en su proceso de achicamiento. Es decir, los celulares de última generación refuerzan la autonomía e independencia del sujeto, garantizan su ubicuidad, prometen la conexión sin fronteras.

Los jóvenes que han venido al mundo de forma contemporánea a estas tecnologías las incorporan más “naturalmente” a su equipamiento básico y se las pegan al cuerpo: así el teléfono, además de un medio de comunicación, forma parte de sus marcas de identidad, de aquello que los nombra y los distingue.

En el mundo de los jóvenes, cuerpo y tecnología se mimetizan cada vez más. De hecho, el término finlandés que denomina al teléfono móvil es känny, que significa pequeña mano. La tecnología como prolongación del cuerpo, esa vieja preocupación teórica y cultural de Marshall McLuhan, vuelve a resonar en el siglo xxi con la misma fuerza que en los años sesenta. Y esta práctica tecnocultural está produciendo (y probablemente se profundice cada vez más) un estilo de vida móvil, que ponga a los sujetos en una especie de vida nómada permanente basada en la conectividad perpetua y en la no linealidad de sus recorridos.

 El desarrollo tecnológico entonces produce o acelera cambios no solamente en relación a la convergencia digital y a las organizaciones sociales (formaciones de redes, nuevos vínculos sociales, etc.), sino también en cuanto a la concepción del tiempo y del espacio. Las transformaciones en el tiempo y en el espacio no tienen su origen en la modernidad ni son resultado de la revolución digital. Ya desde el mundo premoderno se puede comprender la influencia de cambios tecnológicos y de la portabilidad de la tecnología en la concepción del tiempo y del espacio, así como en su separación. Las culturas premodernas tenían sus propias formas de calcular el tiempo. Pero la noción del “tiempo” estaba siempre vinculada a un “espacio” (lugar) determinado.

La digitalización y la expansión de las nuevas tecnologías han producido un vaciado temporal, que en realidad ha sido una precondición para el vaciado espacial y como tal tiene prioridad causal sobre este, porque la coordinación a través del tiempo es la base del control del espacio. Asimismo, los avances tecnológicos también separaron paulatinamente el espacio del lugar. El avance de los medios de comunicación permitió mantener relaciones entre personas localizadas a distancia. Pero en las condiciones actuales tanto de las relaciones laborales como personales el lugar se hace crecientemente fantasmagórico: los jóvenes (y cada vez más, los ciudadanos en general) están en sus redes y no en un espacio físico.

 **ESCRITURAS**

 Los jóvenes no privilegian la voz en el uso del teléfono, sino que tienden a incorporar los mensajes de texto y reducen al mínimo el habla (lo hacen casi exclusivamente con sus padres o adultos, pero no con sus pares). Es más, con esto ya muestran una distancia con los mayores a quienes les resulta extraña y difícil esta práctica.

Uno de los fenómenos más notables que arroja esta nueva práctica de escritura consiste en hacernos vivir algo así como una vuelta al género epistolar, pero ahora a través del teléfono y de la mano del mail. Si la invención del teléfono en el mundo de las telecomunicaciones del siglo xx dio lugar a que el ámbito privilegiado de comunicaciones fuera la voz (desplazando al género epistolar), el teclado de computadora se extiende al dispositivo celular: los jóvenes se envían mensajes de texto, como opción más barata, pero también como continuación del chat, y todo esto a través de lenguajes y escrituras de última generación.

 El tipo de escritura, que está en parte condicionada por el medio, las palabras cortadas y las frases cortas son una exigencia de un diálogo que, si requiriera de frases largas, se volvería lento y aburrido, y en parte se constituye en un código propio: el uso de la fonética (ke kontas?) no es por rapidez de escritura, sino que debe ser interpretado como la construcción de un código propio. Los niños detectan si un adulto entra en el messenger justamente porque tiende a escribir de manera diferente, siguiendo las reglas del siglo xx.

El tópico de conversación es otra característica de este tipo de comunicación. El chat suele desplegar un espacio de comunicación donde se habla esencialmente de nada. Podemos decir que es puro contacto, justamente porque no equivale a una conversación ni del mundo real (cara a cara), ni telefónica, ni de una comunicación realizada por carta. Lo interesante es que los chicos marcan en sus escuelas o lugares de encuentro una hora para conectarse y a esa hora todos se ponen on line para sostener infinitas “charlas” paralelas de este tipo, es decir, de nada. Estamos sin duda frente a nuevos modos de relación, no verbal ni corporal, sino virtual, que como las otras modalidades tiene características y reglas propias.

El uso del nick name tiene relación con las identidades inestables de las que se hablaba más arriba. El nick, que es la tarjeta de identificación de cada “hablante”, cambia cada dos o tres días y tiene una lógica de construcción en la que debemos detenernos. Mi nick de hoy no será el mismo el fin de semana y menos aún dentro de 15 días. Pero no solamente porque cambia, sino porque además tiene diferentes lógicas de enunciación. Puede ser:

– un mensaje a otra persona: (l) (h) (K) flor no t v@ll@s d l@ €scu€l@ x q v@ @ €st@r todo m@l (l) (traducción: Flor, no te vayas de la escuela porque va a estar todo mal);

 – una broma: $-3-#!”-=$-3-#!” Si El TiEmPo FuErA OrO lOs VaGoS sErIaN rIcoS);

 **PRÁCTICAS DE PROXIMIDAD**

Una persona puede estar físicamente en un lugar y socialmente en otro a partir de la conversación que está manteniendo por su celular. Esta superposición de espacios afecta también a la escena en la que se encuentra físicamente la persona. Muchas veces el lenguaje corporal del espacio virtual no tiene nada que ver con el espacio real donde se encuentra la persona: una clase en la universidad, una reunión de trabajo y charla entre una madre y su hijo mientras esta viaja en autobús genera una ruptura de espacios. También un trabajador dándole indicaciones por celular a un compañero mientras está en un espectáculo deportivo o en una reunión social forma parte de esta nueva deslocalización.

Las relaciones sociales a través de los medios de comunicación ya no están atadas a un lugar concreto, sino que están atadas a una persona. Por eso la primera pregunta que se hace a cualquiera que llama desde un teléfono celular es: ¿dónde estás? Por otra parte, y a diferencia del acceso a Internet, el celular es una tecnología que tiene una enorme capacidad de producir transversalidad tecnológica en todos los segmentos socioculturales, etarios y de ingresos, en cualquier pirámide que seamos capaces de construir.

 Considerando lo dicho anteriormente, podemos decir que, sin embargo, existen al menos dos clases de brechas en el uso y apropiación de las TIC que modifican el modo en que se estructuran las subjetividades en las sociedades contemporáneas. Podemos afirmar que, además de las brechas de acceso (ligadas muy directamente a las desigualdades económicas o culturales que operan en el mundo analógico), se registra: a) una brecha generacional en el consumo y la incorporación de las tecnologías digitales, fundamentalmente en lo que hace a las destrezas de los jóvenes en el manejo de los lenguajes audiovisuales y digitales, y b) una brecha en la disponibilidad al acceso, ya que los jóvenes –para quienes las TIC forman parte de su entorno natural– desarrollan estrategias de apropiación y uso de las tecnologías que a los adultos les resultan más lejanas y dificultosas.

 ¿Qué impacto tienen estos fenómenos en el campo de las subjetividades juveniles y las tecnoculturas del siglo xxi? En primer lugar, y como hemos dicho más arriba, que los jóvenes han nacido o se han educado/socializado en entornos donde lo digital se comporta como naturaleza. En segundo lugar, los jóvenes suelen tener una visión positiva de las tecnologías (no se vinculan con ellas a partir de un juicio crítico) y tienden a incorporarlas a su vida como herramientas que están a la mano. Alguien dijo que un aparato se comporta como tecnología únicamente para las personas que nacieron antes de que fuera inventada. Y en este sentido, las nuevas generaciones, socializadas en el uso de las pantallas, viven la tecnología actual con naturalidad, sin la sensación de estar frente a máquinas extraterrestres. Su mayor proximidad y familiaridad en su manejo les impide caer en la mirada negativa y puesta a la defensiva de muchos adultos. Pero, en rigor, la nueva generación digital no es tecnófíla ni tecnofóbica, simplemente nació en las tecnoculturas y no se interroga sobre ellas: forman parte de su ambiente.

Ahora bien, ¿cuáles son las características de este nuevo ambiente?

Es un ambiente veloz, es decir, donde el procesamiento de información duplica o triplica la velocidad de los procesos que caracterizaron el mundo de sus padres. Los videojuegos son un entrenamiento básico para la adquisición de esta habilidad, y estas destrezas no nos hablan de una solidez reflexiva en el momento de la toma de decisiones que deviene de tal proceso, sino de la rapidez de respuesta ante los estímulos que recibe.

Han cambiado los parámetros espacio-temporales. Como resultado de un mundo de chips y de procesadores (máquinas y hombres) de alta velocidad, los tiempos se redujeron al instante, y las distancias son equiparables a los clicks que hacemos con el mouse. En este sentido, la digitalización del mundo y la globalización de las comunicaciones y los mensajes han generado una sensación de proximidad temporal-espacial que lleva el patio de la casa hasta el lugar más recóndito y al futuro como una forma del presente. La combinación de comunicaciones sincrónicas y asincrónicas acompaña la mezcla de temporalidades y provoca en los jóvenes una experiencia, desconocida por los adultos, basada en la superposición de temporalidades y no en la elección de una de ellas.

 Se registra una crisis –y también una ruptura– de la linealidad que caracterizó tanto a la galaxia Gutenberg como al mundo industrial del capitalismo fordista. Estamos frente a la primera generación que accede a un medio no lineal de aprendizaje y que superpone tareas en el momento de la adquisición de conocimientos. El mundo de los hipertextos (y de los entornos que nos proponen las pantallas) supone el corte con la secuencialidad y arroja a los usuarios a la apertura de una arborescencia de rumbos que implica el desvanecimiento de jerarquías de lectura con definido acotamiento (centro-margen; tiempo-espacio). Esto significa que estamos ante una organización de la información que no sigue el orden secuencial del texto y la escritura que fundó la modernidad.

Los jóvenes se socializan según un procesamiento en paralelo, esto es, una práctica que les ha hecho adquirir la destreza de realizar varias actividades a la vez. Se trata de una práctica de multitarea permanente que puede plasmarse en trabajar en diferentes cosas a la vez, como en recibir el estímulo de distintos medios (música, TV, chat, telefonía, etc.). Por este motivo, la escuela suele tener problemas con los alumnos que se han socializado en entornos de estímulos múltiples y que son recibidos por arquitecturas del siglo xix que esperan la atención en un solo punto y en un solo texto.

Dada la experiencia de vivir en un mundo interconectado, los jóvenes viven experiencias de enredamiento y conectividad en las que sus operaciones de intercambio simbólico se dan siempre en medio de múltiples accesos a redes sociales, bancos de información y participación en comunidades flexibles, cuyos usuarios (de un blog, chat o de una red social) producen sus intercambios sin que esa actividad se inscriba siempre en un orden de navegación y permutación permanente que hace que toda relación sea siempre débil, mutante y efímera, como la mayoría de los productos culturales que los jóvenes “suben” a YouTube, cuyo objetivo central consiste en estar allí y entrar en contacto con los otros, más que volverse únicos e inmortales.

Como la práctica cultural de la navegación y la conectividad se realiza siempre con otros (de manera sincrónica o diacrónica, pero siempre con otro enfrente), las posibilidades de interacción aumentan en forma exponencial y el caudal de información crece de manera también exponencial. Estas nuevas herramientas facilitan la constitución de un entorno colaborativo, que se expresa en la fundación de comunidades virtuales, la propuesta de “código abierto”, la literatura hipertextual, las enciclopedias y glosarios de creación colectiva que forman parte de este nuevo mundo de pertenencia. En este sentido, un buen ejemplo es la creación musical (sobre todo, de la llamada música tecno), que suele realizarse siempre de manera colectiva y que ha abierto debates en torno a uno de los conceptos centrales del capitalismo como es el de “propiedad intelectual” de las obras.

Estas prácticas de los jóvenes en el ciberespacio forman parte de la imagen del mundo que se forjan y muy pronto entra en colisión con el mundo que vivieron sus padres o abuelos. Los jóvenes se sienten libres en un entorno digital que esencialmente no está dominado por los adultos, sino por ellos mismos. Viven una experiencia de autonomía de los adultos y un sentimiento intenso de libertad. Las TIC representan una nueva frontera, un lugar donde se sienten libres, como en la noche, en las casas de sus amigos o en los lugares de baile. La autoridad de los adultos se diluye o desaparece en la web y ese terreno es vivido como propio por todos los jóvenes.

 En el ciberespacio, los adolescentes –y, en rigor, también los adultos– pueden inventarse, trabajar sobre su personalidad, construir subjetividad y adoptar toda clase de roles, identidades e historias, cambiando su nombre, edad, lugar de residencia e incluso su género. Estas experiencias podemos considerarlas como una práctica de exploración de la identidad, donde la metamorfosis y la experimentación forman parte de las nuevas reglas del juego. En aquellos procesos clásicos de la adolescencia (donde los jóvenes tramitan sus identidades) encuentran en el ciberespacio un terreno dúctil para la experimentación y el juego de roles. La posibilidad del anonimato estimula a crearse distintas personalidades y experimentar con ellas aprovechando la flexibilidad –y seguridad– que ofrecen los ambientes virtuales. Justamente, es durante la adolescencia donde el sentimiento de pertenencia a un grupo es constitutivo del proceso de construcción de la propia identidad. Como lo hemos dicho antes, el ciberespacio les ofrece la posibilidad de conocer un número ilimitado de personas y grupos con los que interactuar. Pueden dejar un grupo y rápidamente integrarse a otro o constituir uno nuevo generado por ellos mismos acorde a sus necesidades e intereses, lo que en buena medida equivale a decir al proceso de desarrollo de su identidad. A través de su participación en estas comunidades virtuales, los jóvenes experimentan la *cibergrupalidad* generando nuevas relaciones, experimentando intensamente sus vínculos, que no necesariamente terminarán en relaciones cara a cara, sino que se pueden mantener por mucho tiempo en el plano ambiguo, frágil pero intenso, de la virtualidad.

De esta manera, los jóvenes están viviendo experiencias de la subjetividad y formas de construcción de identidades que eran desconocidas por las generaciones anteriores. Tecnologías, cultura y procesos de personalización parecen haberse encontrado en el ciberespacio y dan lugar a nuevas experiencias del yo. Las oportunidades que se abren con el despliegue de las nuevas tecnologías son enormes, tanto como los desafíos vinculados a la socialización de los jóvenes y a estos procesos más complejos que involucran la formación de identidades.

No es fácil imaginar el futuro de este territorio cambiante, impredecible y de experimentación. Pero de lo que podemos estar seguros es de la novedad que traen todos estos procesos: vivimos una verdadera ruptura generacional en el campo de las experiencias del yo, donde los adultos, como nunca, están descolocados en un mundo que crearon, pero que no dominan. Detrás de todos estos temas se encuentra la acción de las nuevas tecnologías, pero los interrogantes no son técnicos, sino sociales y políticos. La construcción de los vínculos interpersonales, la producción de ciudadanía y de identidades están en el centro de los debates de la modernidad y lo siguen estando en los albores del siglo xxi. Más allá de constatar el profundo impacto que han provocado las TIC en este pantanoso terreno donde se forja la subjetividad.